

# EN EL INSTITUTO MICROBIOLÓGICO DEL DOCTOR LLORENTE

## UNA VISITA

Ahora que la peste bubónica en Portugal y el tífus en Madrid ponen espanto en los ánimos y no se habla por todas partes sino de microbios, bacterias, colonias y demás elementos de ese ejército que destruye á la humanidad, hemos juzgado de oportunidad y de interés para nuestros lectores hacer una visita al instituto microbiológico del doctor Llorente, donde tantos infelices, condenados á muerte por la difteria y el garrotillo, encuentran nueva vida gracias á la aplicación del suero de caballo.

Todo fueron deferencias para nosotros y facilidades para que pudiésemos dar idea al público, á esa parte del público que lo desconoce, las operaciones para obtener el suero, su inoculación, etcétera, etc.

La idea de crear tan importantísimo centro nació en la mente del prestigioso doctor Llorente durante sus estudios científicos en Alemania y Francia.

La Reina y la Infanta doña Isabel le alentaron y le regalaron seis caballos que dedicó á los estudios de inmunización.

Ni los olvidos ni los abandonos de otras entidades que tenían obligación en cierto modo de coadyuvar á tan grande obra le desalentaron.

Y, merced á su entusiasmo, más de dos mil niños le deben la *resurrección*.

Hay mucha difteria en Madrid. Pero cuantos acuden á tiempo se salvan, es decir, antes de los seis ó siete días, se curan dentro de las veinticuatro horas de comenzado el tratamiento, al cual precede un examen microscópico.

Ni el hombre ni la ciencia humana están dotados del don de crear; así es que órgano indispensable para la vida destruido, función muerta, curación imposible.

—Y cuando con las inyecciones de suero no se pueden atajar los accesos de sofocación y el garrotillo amenaza la vida, ¿practica usted la traqueotomía?—le dijimos.

—No señor;—nos contestó—entre lo bueno que yo haya hecho en mi vida profesional está el haber desterrado de Madrid esta operación, cuyo sólo nombre causa espanto á las familias y da una gran mortalidad.

Practico la *intubación*, que consiste en colocar un tubo de oro de dimensiones adecuadas á toda edad en la garganta del niño, pero por la vía natural, sin cortar ni ocasionar sutrimientos al niño. ¿Qué éxitos da? Extraordinarios, y los acabo de publicar en un libro que me honraré si usted lo acepta.

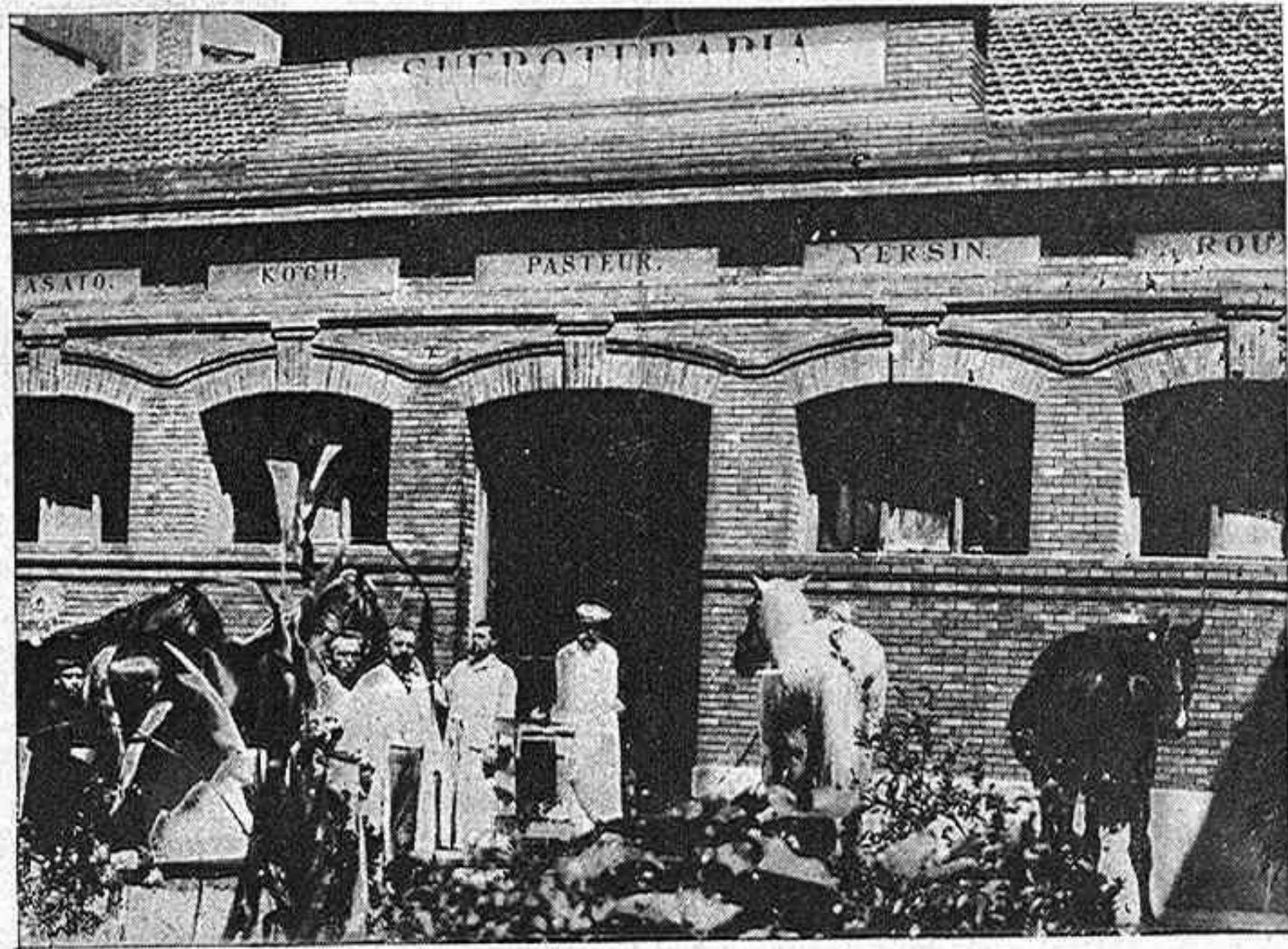
En Francia y Alemania se discute en las Academias si esta operación es factible fuera del Hospital. ¡No en todo habíamos de ser los últimos! Hace años que la practico en la población con éxito no igualado por ninguna otra.

Indicamos al amable doctor que nos indicase cómo se efectuaba la obtención del suero. Bajamos á las cuadras, donde practicaron la sangría de un caballo, de cuya sangre se obtiene el suero.

La operación que presenciamos es idéntica á la que se hace para toda clase de sueros, ya contra el tétanos, ó contra la peste, ó contra la difteria.

—¿Cómo se curaban de difteria y peste antes y aún hoy individuos á quienes no se les inyecta ni el suero antidiftérico, ni el suero antipestoso?—le dijimos.

—Pues muy sencillamente—repuso el doctor.—Por el suero antidiftérico y antipestoso, que el organismo en algunos casos elabora en cantidad suficiente para determinar una curación espontánea. Es decir; que si entre el ataque y la defensa de un organismo ya por vene-

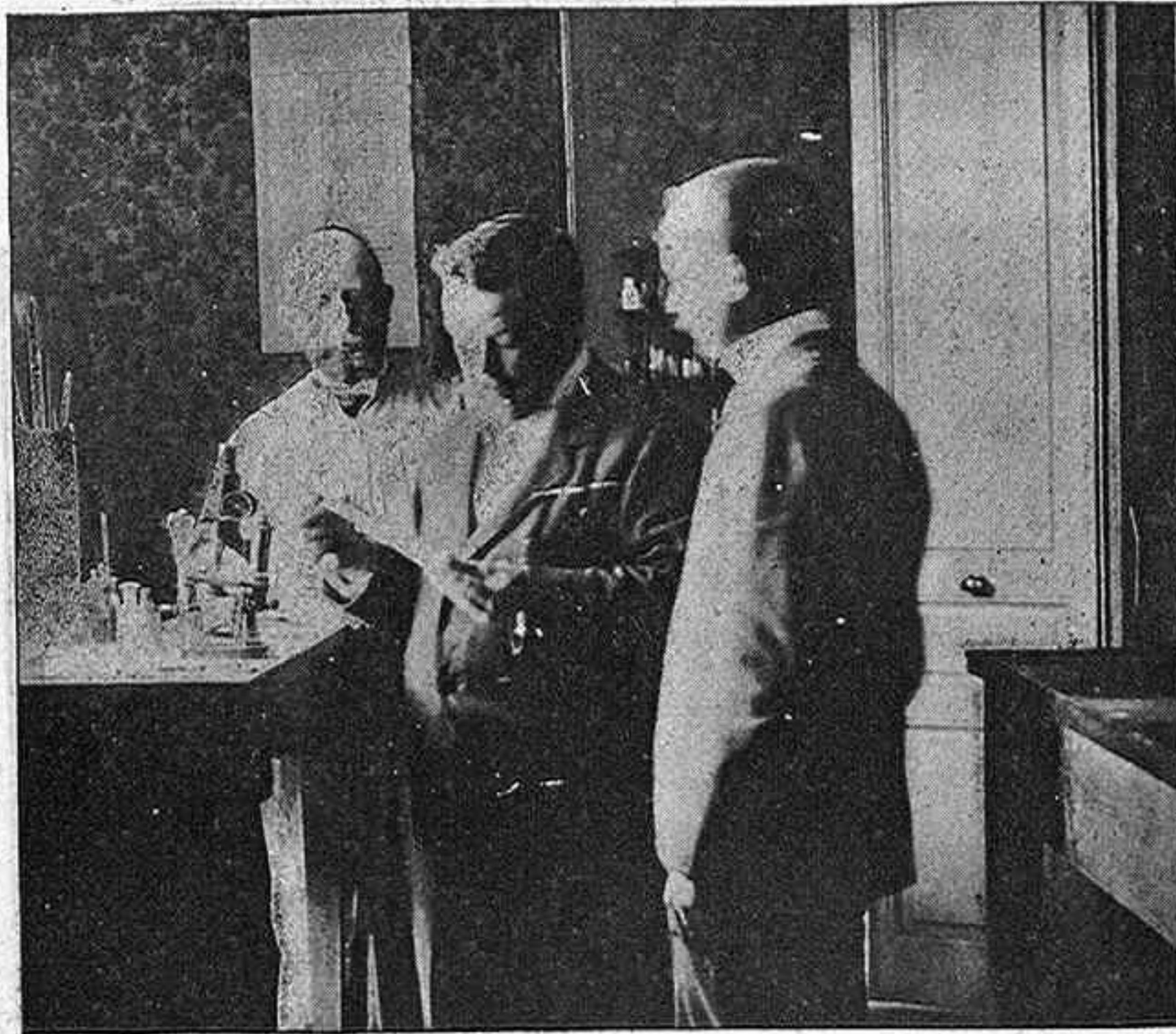


Exterior de las cuadras del Instituto.

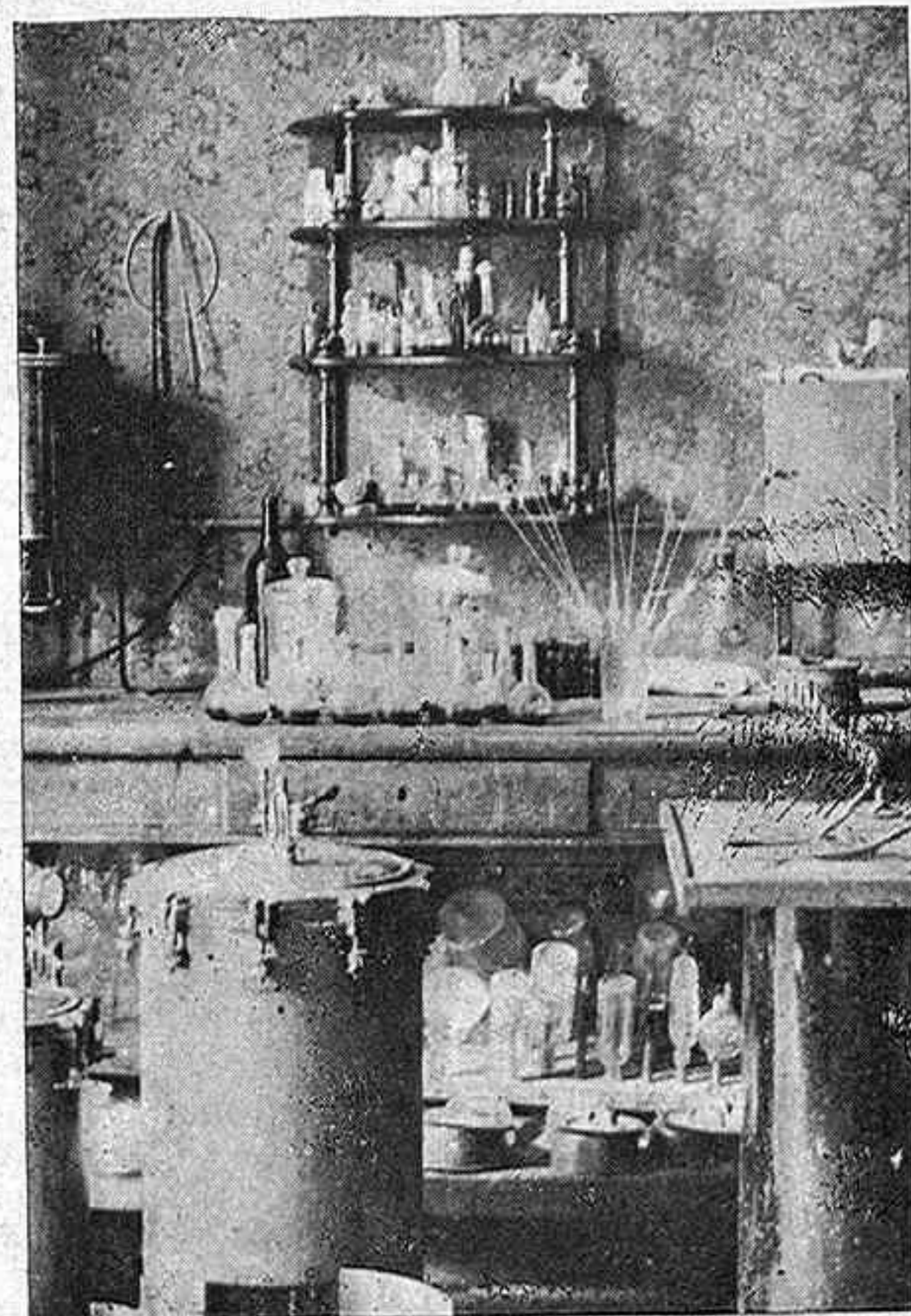
no, que segrega un germen ó por el germen mismo hay proporcionalidad, con las defensas que él emplea, la curación se logra; pero como esta armonía entre el ataque y la defensa no siempre se establece, ni el médico debe esperar á poner en peligro la existencia atendiendo á los solos esfuerzos de la naturaleza, de aquí que debamos intervenir, como lo hacemos siempre.

Reflejo de esta lucha es la fiebre que se produce con objeto de poner á raya la invasión y curarse espontáneamente. Pero no siempre esto se logra y la enfermedad queda establecida. En estos gérmenes los hay de dos órdenes: los unos que matan por el veneno que segregan, tal como la difteria y el tétanos; los otros porque pasan ellos mismos á la sangre y producen trastornos en las funciones y el envenenamiento que determina su cuerpo mismo aún destruido por las fuerzas del organismo.

Tal acontece con la peste, la pulmonía y otras, cuyos gérmenes pasa á la sangre.



Los doctores Rajas y Llorente preparando una «siembra.»



Laboratorio del Instituto.